

va de la población, grandiosa. La Rambla divide la ciudad en dos partes iguales. A un extremo lo que se llama *el ensanche*, calles espaciadas, manzanas de casas nuevas, construcciones á la francesa, teatros y salones de baile, que constituyen la diversión del verano. A otro extremo el inmenso cuartel de Atarazanas, la magnífica muralla que sirve de anchuroso paseo; el puerto, con su bosque de arboladuras de buques, y el mar. A ambos lados de la Rambla la población antigua, sombría, austera, conservando todo el colorido de las pasadas épocas, tan brillantes en nuestra historia. Y dominándolo todo, vigilándolo todo, encima de todo, el antiguo castillo de Monjuich, gigantesco centinela que me ataca los nervios.

Es irritante eso de que, vaya uno por donde vaya, recorra la calle que quiera en Barcelona, si levanta la cabeza, ha de ver indudablemente el Monjuich dominando la situación.

Tengo por costumbre en cuanto llego á una población echarme á la calle (en el buen sentido de la palabra), y lanzarme á la ventura á ver todo lo que encuentro al paso. Me gusta hacer estas excursiones solo. Así fué que, en cuanto pude escabullirme de mis amigos, olvidé el cansancio del camino, y me lancé.

Recorrí en dos horas gran parte de la ciudad, y confieso que me agradó muchísimo. Hay en ella mucho de población francesa, en cuanto á

comodidad y tino para *entender el negocio*, como decimos á la moderna. Los ómnibus que recorren la ciudad llevando al transeunte por cuatro cuartos de un punto á otro, sea la distancia larga ó corta; los *restaurants* de todas clases, donde se puede comer bien y barato; el admirable aprovechamiento de terreno para que las tiendas tengan mucho escaparate; la abundancia de pasajes y de plazas cubiertas, todo esto es más francés que español, é indica más tendencia á aprovechar lo bueno, por parte de los catalanes, que por parte de los demás hijos de España.

Hay una plaza que se llama *Real* enteramente igual en la forma, aunque más chica, á otra de París que lleva el mismo nombre. Las casas del ensanche, aisladas algunas, están también construidas á la manera francesa.

En lo que de seguro no tiene rival la población es en la abundancia y buen gusto de los cafés. Grandes, ventilados, elegantísimos, los hay de todas las formas y de todas las arquitecturas. Un paseo de noche á lo largo de la Rambla es una exposición continua de salones caprichosos y ricamente iluminados, que convidan á que el transeunte convide en ellos.

La parte monumental de la ciudad tiene grandes encantos para el artista. La catedral, gótica, admirablemente conservada, la iglesia de Santa María del Mar, el interior de la Audiencia, y otros monumentos no menos notables,

merecen ser estudiados con detención por el carácter que tienen y por el colorido que conservan.

Todo esto me distrajo hasta la noche, en que después de haber comido y bebido y recorrido por dentro y por fuera el teatro Principal, me entregué, para calmar el cansancio, á las tranquilas delicias del catre.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

XVI

**Economía.—En Madrid y en Barcelona.—La propina.
Festín por tres cuartos.—El agua del país.**

5 de Julio.

Pues señor, confieso que viviría aquí como un príncipe, aunque tuviera menos dinero que un príncipe.

Llevo cuatro días de permanencia en esta ciudad y estoy asombrado de ver lo bien que se conserva mi bolsillo. Es indudable que estas aguas le prueban bien, cosa que no le sucede en Madrid, donde á cada momento se me queda el pobrecito en los huesos.

¡Y es de advertir que hago aquí el mismo género de vida que en la corte de las Españas!

¿Consiste la buena salud de mi bolsillo en que yo le trato con consideración?

No. Consiste en que le tratan con consideración los catalanes.

Confieso que me agrada más oír hablar en catalán, aunque no lo entienda, que oír hablar el madrileño, aunque lo entiendo demasiado.

En Madrid suelen saquearme en buen castellano; aquí me tratan con baratura, que es más que tratar con cariño.

Voy á publicar dos páginas de mi libro de gastos.

Una página escrita el mes pasado en Madrid; otra escrita en Barcelona ayer tarde.

Dicen así:

EN MADRID

Por una carrera en coche.....	4 rs.
Por dos butacas de un teatro.....	28
Por un café.....	1 $\frac{1}{2}$
Propina de dicho café.....	$\frac{1}{2}$
Por sentarme en el Prado.....	$\frac{1}{2}$
Por un par de guantes de hilo.....	14
Por un chocolate en la Iberia.....	2
Propina de este chocolate.....	$\frac{1}{2}$
<i>Total</i>	<u>51</u>

EN BARCELONA

Carrera en coche.....	6 Cuartos.
Dos butacas.....	14 rs.
Un café con coñac á discreción.....	1 real.
Propina.....	No existe.

Por sentarme en la Rambla.....	00
Guantes de hilo.....	9 rs.
Ghocolate con bollo y sin propina.....	6 Cuartos.
<i>Total</i>	<u>25 rs. y 2 c.</u>

Es decir, un ahorro de 26 rs.

—¡Mozo! le dije anoche al que me iba á servir; tráigame usted una ración de merluza.

El mozo se me quedó mirando, se colocó el dedo en la barba y se puso á pensar:

—Mer... mer...

—¡Merluza! repetí.

—¿Es cosa de confitería? me preguntó entonces.

Con la ayuda de un amigo catalán le expliqué al mozo aquello que yo deseaba. Lo traje; y al pagarle, como sobraran seis cuartos, le dije que se los guardara.

—¿Para qué? me preguntó.

Este ¿para qué? valía ya más de seis cuartos, porque indicaba poca costumbre de tomar más dinero que el del salario. Y esa poca costumbre habla muy alto en favor del hombre trabajador.

Al retirarme esta noche á casa he tomado en la Rambla un vaso de agua con un azucarillo. Venía conmigo un amigo, y ha tomado otro vaso de agua y otro azucarillo.

El amigo traía un niño, y el niño ha tomado

una torta. En esto se acerca Cubero, el aplaudido bufo, toma dos vasos de agua.

—¿Cuánto vale *todo* esto?

—¡Tres cuartos! dice el vendedor.

Nos quedamos mirándonos unos á otros.

¡Es decir, que con peseta y media se puede sobornar á toda una corporación de gente.

Cuando se sabe el precio dan ganas de beber más. Es indudable.

12 de Julio.

¡Qué cosas tan raras! Desde que estoy aquí estoy bebiendo agua de Barcelona, y no me hace daño. En Madrid no la he usado nunca por no ponerme blanco.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCIA

XVII

Domingo...

ESTE es el gran día para ver á Barcelona en todo su esplendor.

Nosotros, los procedentes de aquel delicioso país en que el trabajo es una cosa de muy mal tono, no tenemos más remedio que sorprendernos al observar que aquí la población no se ve más que de ocho en ocho días.

En Madrid el domingo es un día como otro cualquiera. En Barcelona el domingo es real y efectivamente un domingo.

El obrero ha pasado toda la semana trabajando y consumiendo su vida para que usted, señor don Fulano de Tal, duerma todo el año en la cama de hierro que él fabrica, ó para que usted, señorita de las Q. Q. Q., luzca ese precioso vestido que él ha tejido y aderezado. Por consiguiente, ese obrero, cuando llega el sábado por la noche á su casa, se acuesta diciendo:

—¡Cómo me voy á divertir mañana!

Y en honor á la verdad, merece divertirse.

Véalo usted el sábado, y véalo usted el domingo; parece otro hombre. Peinado, vestido con sencillez, y con cierta elegancia, se apodera de la población el día de fiesta, porque es su séptimo día; y porque necesita veinticuatro horas de expansión.

Da gusto salir un domingo por la tarde hácia la parte nueva de la población, donde están los teatros y los salones de baile. Así como las hormigas caminan en procesión al granero, del mismo modo inmensas procesiones de gente vestida con extraordinario cuidado y exquisita limpieza, se dirigen á los teatros y los invaden. Es un público tan bonachón, tan dispuesto á aplaudirlo todo, que merece ser obsequiado por las empresas con lo mejor del repertorio.

Y á propósito; en estos teatros las funciones de tarde se hacen á la luz del día, sin más gas que el que pueda formar el público, que aunque sea mucho, no alumbra. Es un espectáculo que sorprende al que, como yo, lo ve por vez primera. Se acuerda uno de las farsas italianas ó de los primitivos *corrales*.

Ver, por ejemplo, á Arderius en la escena, tal cual es en la vida privada, no me hace mucha gracia que digamos. Y oír al tenor Prats cantar aquello de

Hermosa está la noche,
alegre el corazón,

precisamente en el momento en que le da un rayo de sol en las narices, tampoco me conviene gran cosa.

Pero al público no le suena mal, y basta.

Desde las tres y media de la tarde, hora en que comienzan las representaciones, hasta las once ó las doce, en que se acaban las funciones de la noche, hay tal concurrencia en todos estos espectáculos, que bien merece la pena de pasar algunas horas yendo de un punto á otro.

Los bailes campestres ofrecen un golpe de vista muy agradable. Quinientas ó mil parejas reunidas en el salón de Euterpe, bailan que se las pelan; pero con una compostura tal, si cabe compostura en el baile, que para quien conserva recuerdos de las habaneras que suelen bailarse en Capellanes y en la Zarzuela, aquello parece poco.

Para guardar el orden entre las mil parejas, hay... un municipal.

Este municipal no ha *ejercido* todavía.

Estábamos esta noche varios amigos en el baile campestre de los Campos Eliseos. Clavé dirigía la fiesta. Sus coros acompañaban la música de los valeses y de los rigodones. Uno de los coristas se salió de la fila y dijo algunas palabras á otro individuo que estaba cerca. Comprendimos que sucedía algo, y preguntamos lo que era.

—Es, nos dijeron, que ese corista ha visto á una pareja que no bailaba decentemente el rigodón.

—Ya.

—Ahora verán ustedes.

Y en seguida el corista y el otro individuo, que era lo que llamamos en Madrid el *bastonero*, se dirigieron á la pareja, y la echaron del salón.

Ni una palabra en voz alta, ni la más pequeña resistencia por parte de los despedidos. El baile continuó, y todo el mundo contento.

¿Necesitaré hacer elogios de un país en que suceden estas cosas?



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

XVIII

Veintitantos de Julio.

DESDE que veo cómo escribe sus cartas desde Roma cierto P. Sánchez, he resuelto no hablar una palabra en mis cartas de mi humilde persona. Y hasta estoy por suprimir el *yo* que tengo por costumbre anteponer á los párrafos de mis apuntes, por no parecer vanidoso y ridículo.

Pero por otra parte, la gratitud es una virtud apreciable, aunque poco admitida entre españoles, y cuando el viajero se ve obsequiado en algunas de las poblaciones por donde pasa, debe manifestar públicamente su agradecimiento á sus cariñosos amigos.

Una cena promovida por el editor López Bernagossi (¡un editor que da de cenar á un autor! esto parecía extraño en Madrid), me ofreció ocasión de conocer á los escritores y artistas catalanes, cuyos nombres no podré olvidar nunca.

Larga sería la lista si hubiera de publicar la

de los nombres de mis nuevos amigos. Baste decir que en una mesa cuyos testeros estaban ocupados por Clavé, el popular músico-poeta, y por Sans, nuestro pintor insigne, no podía por menos de reinar cordialidad y agradabilísima conversación. Cuando llegue á una población y no encuentre artistas ni escritores, me parecerá que me abandona la familia.

Como en Barcelona la afición á la lectura es tan grande y la ilustración del pueblo más grande aun, la república literaria es una familia independiente que no necesita como las demás de España depender de Madrid y acudir á las prensas de la corte para dar á conocer los nombres de los escritores. Más periódicos se venden por estas calles que en Madrid; y relativamente se publican aquí más obras que allí, más baratas, tan bien impresas y con mejores resultados.

Hay además otras cosas que constituye, digámoslo así, una literatura aparte, muy apreciada por este público. Las obras escritas en catalán. Y hay un respetable número de escritores, que si pudieran escribir en Madrid en castellano lo que aquí en catalán, de seguro tendrían más y más verdadera reputación que muchos de nuestros autores de la Corte.

Por ejemplo, Pitarra.

Serafi Pitarra es el ídolo del público catalán. Su nombre es dinero seguro para los editores, y lo mismo cuando escribe artículos de periódicos.

cos, que cuando da al teatro piezas cómicas, consigue siempre arrancar la carcajada á sus lectores. Es el Baldoví de Cataluña.

Y si un forastero llegase á Barcelona y buscarse á Pitarra para darle la enhorabuena, no lo encontraría.

¿Por qué? Porque Pitarra no es tal Pitarra. Escudado con el seudónimo, el autor de *La esqueixa de la torraixa* (1), oculta su verdadero nombre con una modestia envidiable, y emplea el tiempo que otro poeta más *difícil* necesitaría para pensar chistes, en componer cilindros y escapes de áncora en su relojería de la calle de... no recuerdo el nombre.

El lenguaje catalán, que tan brusco parece cuando se oye hablar á los naturales del país, me suena bien cuando lo leo dividido en *renglons cortos*. Nada más expresivo que el canto del Almogávar, de Balaguer.

¡Desperta ferro, anem! ¡Las feras tenen fam!

Y nada más dulce y delicado que estos tres sencillísimos versos con que empieza un coro de Clavé:

Ya espira la nit;
¡ninetas hermosas,
deixau vustre llit!

(1) Parodia de «La campana de Almudaina».

¡Benditos sean los poetas! no hay idioma brusco para ellos.

¡Y benditas sean las *ninetas hermosas*, porque ellas tienen la culpa!



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

XIX

En la Montaña á 23 de Julio.

A ELISA

Allá muy lejos... muy lejos...
donde se extiende la mar,
y á los tímidos reflejos
de la luz crepuscular,
distingo apenas tu casa,
que á distancia tan ignota
en el ancho azul rebasa
como la blanca gaviota
que sobre las hondas pasa.

—
Llegar quisiera y hablarte,
y el camino deshacer;
pero al tener que dejarte...
ya no sabría volver.
Y fuera triste camino
para quien sufre el destino
de caminar sobre abrojos,



JUNTA DE ANDALUCIA

Protección Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

volverse perdiendo el tino
y sin la luz de tus ojos.

Para el que poeta ó loco
se enamora fácilmente,
ver lo bello, y verlo poco,
es padecer, francamente.
Yo bien te quisiera ver,
pero temo que al hablarte,
ya no me quiera volver;
porque llegar y dejarte...
¡digo que no puede ser!



Ya mi corazón desiste,
ya la noche sombras viste,
quedemos á sus reflejos
tú allá... ¡muy lejos, muy lejos!
yo aquí... ¡muy triste, muy triste!

XX

Barcelona 3 de Agosto.

Carta á un acreedor.

Muy señor mío: Con esta fecha parto para Suiza, ese delicioso país que usted debía estudiar concienzudamente en lugar de escribirme cartas que no debo comprender.

Antes de marchar (faltan cinco minutos para la salida del tren) no quiero dejar de repetir á usted que he perdido completamente la memoria. ¡Soy muy desgraciado!

Usted deseará indudablemente que yo le diga algo.

Pues bien, amigo mío, este clima de Barcelona me ha puesto en liquidación. ¡Qué feliz es usted!

Pero no confíe ni cante victoria. Hay quien

me asegura que el clima de Suiza, á pesar de la opinión general, puede sentarme mal; en cuyo caso, y aunque me esté mal el decirlo, puedo morir. Me alegraría por usted.

Usted me aconsejó que fuera á Suiza á engordar. Si no engordo, me veré en la precisión de decir á usted á mi vuelta eso que dicen los amantes en los melodramas.—¡Todo acabó entre los dos!

Si espiro, tendrá usted la bondad de llorarme por valor de 15.000 rs.

¡Adiós, caro amigo; adiós! Salgo en este instante. No puedo ser más largo.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA



XXI

Camino de Francia.



SE sale de Barcelona á la una de la tarde, y se llega á las cinco á Gerona. Este trozo se hace en ferrocarril.

En Gerona se toma la diligencia. Los viajeros que han pasado por allí otras veces, y á quienes se consulta sobre la bondad del camino, aseguran que está como la palma de la mano.

Siempre que oigo esta frase, me miro la palma de la mano, y estoy observando un rato.

El lector puede observar conmigo si no tiene inconveniente.

Tengo para mí, que la palma de la mano, propiamente dicha, es el espacio comprendido entre la muñeca y la línea de donde nacen los dedos. La raíz del dedo pulgar constituye por lo menos la cuarta parte de la palma.

Ahora bien; desde el nacimiento de la muñeca hasta el nacimiento del pulgar, hay una cuesta. De allí hacia la derecha (suponiendo que nos referimos en todo esto á la mano derecha y no á la izquierda) otra cuesta mayor. De allí al centro de la palma, una bajada. El centro es un hoyo muy visible; y la parte de la izquierda, así como los dos lados de la línea donde principian los dedos, forman tres nuevas y diferentes prominencias. Resulta, pues, que la palma de la mano está llena de subidas y bajadas.

Esto admitido, cuando á uno le digan:—El camino que va usted á recorrer está como la palma de la mano, ya sabe uno lo que va á pasar.

De Gerona á Perpiñán hay doce horas de las que llamamos en España *largas*. Doce horas largas en diligencia, bastan para pensar seriamente en el suicidio.

No es precisamente la carrera lo que da que sentir; que atendido el estado en que se encuentran las de España, buena y rebuena puede llamarse aquella. Lo desconsolador es el contraste, que el viajero no puede menos de observar en las primeras horas (¿ahora las horas son *breves*) de Barcelona á Gerona, y las de este punto á la frontera.

El Ampurdan es un jardín interminable. De las tres provincias de Cataluña, la que se recorre en este viaje es sin duda alguna la más bella.

Una sola cosa tiene de sensible, y es que el viajero apenas la ve.

No sé en qué consiste que los viajes en los ferrocarriles y diligencias de España están dispuestos de tal manera, que siempre pasa el viajero de día por los sitios más áridos y feos, y la noche está dedicada á lo que tiene que ver.

Antes de salir de Barcelona pregunté:—¿A qué hora sale el tren de Perpiñán?

—A la una de la tarde, me contestó el empleado.

—¿No hay otro más que el de la una?

—No, señor, no hay otro.

—¿Es decir que pasaré los Pirineos de noche?

—Justamente.

—¿Pero hombre, eso es una lástima!

—Pues mire usted, de lástimas está el mundo lleno.

—Y de empleados amables, nó; le dije y me marché.

Pasé, pues, los Pirineos de noche. A la una (de mi reloj) estábamos en Perpiñán. Dos horas después el tren de Lyon me llevaba en uno de sus vagones. Dormí un rato, y desperté en Lyon de día.

Allí me detuve. Y aquí me paro.

Lyón es Barcelona corregida y aumentada. Es una fotografía grande de un original chico.

Con un día de permanencia, con una visita á un par de fábricas y algunas vueltas por aquellos paseos, que son encantadores, queda uno corriente y moliente para seguir su camino como si tal cosa hubiera visto.

Mi discípulo.

En las horas que dura el viaje de Lyon á Ginebra tuve un compañero que estoy seguro guardará eterna memoria de mí.

Era un ruso que no me dejó vivir en paz ni un instante durante el viaje.

Chapurreaba el francés, y era, por lo que pude comprender, muy aficionado al estudio de las lenguas.

A poco rato de partir el tren, todos los viajeros leían, dormían ó callaban, cosas todas muy usadas en los ferrocarriles extranjeros. Los españoles estamos acostumbrados á tomarnos libertades y á usar franqueza, y en cuanto nos encontramos dentro de un vagón cuyos viajeros no se meten con nadie, no podemos menos de extrañarnos.

El viajero ruso me debió conocer en la cara que tenía ganas de hablar: y ¡ójala no lo hubiera conocido! porque tanto me hizo hablar, que llegué á Ginebra harto de conversación y de ruso.

—¿Es usted italiano? me preguntó en francés.

—No, señor, le respondí; soy español.

Al oír «español» se puso apresuradamente los quevedos y comenzó á mirarme tan de prisa, tan de arriba abajo, y con tal curiosidad, que mi sangre, esencialmente española, hervía en aquel momento. Aquel hombre me miraba como si yo acabara de decirle:

—Aquí donde usted me ve, soy un tigre que viaja de incógnito para no asustar á la gente.

—¿Español? preguntaba mi hombre sin cesar de mirarme; ¿español?

—¡Español! dije.

—¡Caramba! ¡Caramba! ¡Qué emoción tan nueva! ¡Diez años hace que viajo, y todavía no me había encontrado nunca un español en ninguna parte! ¿Español? ¿De veras es usted español?

Ya estuve por decir:—No, señor, de veras no; de broma, y por pasar el tiempo.

El ruso comenzó á hacerme tan extrañas preguntas acerca de España, que me dejó tamañito. En seguida me suplicó que le dijera la equivalencia de algunas palabras francesas.

Es decir, que el viajero quería dar su primera lección de español conmigo.

Era un hombre muy risueño, y muy amigo de burlarse de los demás. Dos franceses que iban sentados enfrente de nosotros, le tenían ya entre ceja y ceja, y estaba yo esperando cuando le

Margaban lo que llaman *un timo* los hijos de Sevilla.

—Diga *osté* (el ruso sabía decir *osté*, y lo intercalaba entre palabras francesas) dígame *osté*, ¿cómo se llama esto en español?

Y señalaba al hongo que traía puesto.

—Eso, le dije, se llama entre nosotros *la boca del estómago*.

El ruso le daba vueltas al sombrero repitiendo:

—Boca del estómago... boca del estómago... ¡gracias, amigo mío, muchas gracias!

—¡No hay de qué!

Y cerré los ojos para ver si haciendo que dormía, me dejaba en paz mi hombre.

Pero al poco rato llegamos á una estación, y la curiosidad me hizo abrirlos de nuevo.

El ruso se alegró mucho de verme en disposición de ser acometido nuevamente.

En aquel instante se le puso en la mano una mosca de varios colores, cuyo nombre no sé, pero el lector puede consultar á Buffon si quiere enterarse de cómo se llaman esas moscas, diferentes tan solo de las que acá están en uso, en la variedad de los colores que matizan sus alas.

—¡Oh, señor! me dijo el ruso; ¿cómo se llama esto en su idioma de *osté*?

Harto ya de preguntas, contesté volviendo a cerrar los ojos.

—¡Un elefante!

Y ya no hablé una palabra en media hora.

El ruso repetía *elefante*, y se restregaba las manos.

Confieso que no le dije nada de particular variando el nombre á la *mósc*a, porque procediendo yo de un país en que á los toros les llamamos *bichos*, todo puede ser admisible dentro del idioma.

Volvió á pararse el tren.

Volví á ser curioso.

Quise ver lo que pasaba por fuera, y saqué la cabeza por la ventanilla.

¡Qué emoción tan grata!

Parado en el andén estaba uno de mis amigos de la infancia, al cual no veía yo hacia siete años.

Encontrar un español, paisano y amigo, en aquel sitio y á tal hora, me produjo una alegría tan grande como la que él experimentó al verme.

—¡Chico!

—Quién pensara...

—¡Cómo va!

—¿Y tú?

—Perfectamente.

—¿Adónde vas?

—A Ginebra.

—¡Allí nos veremos!

—¡Sí, que nos veamos!

—¡De seguro!

—¡Adiós, hasta muy pronto!

—¡Hasta muy pronto!

Y el tren comenzaba á andar, y me zambullí otra vez dentro del coche, y volví á cerrar los ojos. Pero esta vez los abrí muy pronto para mirar al ruso y soltar una estrepitosa carcajada, porque el pícaro del ruso, aprovechando mis lecciones, le estaba gritando á mi amigo.

—¡Señor! ¡Lleva usted un elefante en la boca del estómago!

¡Figúrense ustedes la cara que pondría el otro, ni cómo era fácil traducirle en aquel instante que llevaba una mosca en el sombrero.

Llegamos á Ginebra.



JUNTA DE ANDALUCÍA

Real Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

XXII

Ginebra.—El hotel de la Metrópoli.—El Lago.
Buenas noches.

GINEBRA es una población encantadora, sobre todo para el viajero que viene de España; porque es de advertir que España es, mejorando lo presente, una de las cosas peores que se ven andando por ahí.

Por eso Ginebra, que no es ni con mucho una cosa notable, es encantadora comparada con las poblaciones de España; situada al extremo Sur del lago Lemán, tiene en éste el más poderoso de los atractivos.

Se llega á Ginebra á cualquier hora; sobre esto no hay regla fija ni tiempo determinado; como la población entera vive de lo que deja el viajero, y como la cifra de viajeros que pasan durante un mes por Ginebra es igual, según los últimos cálculos, al número de habi-

tantes que tiene la población, el viajero es atendido, solicitado, mimado y tratado con extraordinario esmero por todas las gentes á quienes encuentra al paso. Verdad es que su dinero le cuesta.

En cuanto sienta el pie en la ciudad, tiene de sobra criados, que le conducen á cómodo albergue.

Mi buena fortuna quiso que, dejándome llevar por una especie de enano misterioso, mezcla de hombre y de perro, mitad francés, mitad loro, que todo viene á ser lo mismo, regordete, cari-llo, un poco bizco, pati-ancho, y vestido con un uniforme que no me explico todavía, fuese á parar al hotel de la Metrópoli, que goza fama de ser el mejor de los mejores.

Parece un palacio el hotel, según es de grandioso, suntuoso, maravilloso y estrepitoso.

En Ginebra todo el lujo está en los hoteles; las casas, los palacios, los templos, parecen pobres al lado de los gigantescos edificios destinados á los viajeros. Son los mejores hoteles de Europa y los más baratos.

Mi primera diligencia al tomar posesión de mi cuarto, situado en el tercer piso, fué abrir de par en par la ventana. El lago Lemán venía casi á besar los pies del edificio.

¡Una ventana sobre el lago! Era casi un capítulo de Walter Scott.

Los seres tristes y melancólicos no deberían

ver nunca ni crepúsculos, ni lluvias, ni nieves, ni lagos.

Porque el lago atrae más que el mar y más que el abismo.

Porque tiene toda la dulzura de la melancolía y toda la calma de la tristeza.

Se extiende y va lejos como un pensamiento doloroso.

Arrulla como los pájaros de la noche.

Incita á la contemplación y forma cadencias al recuerdo.

Toma colores sombríos al caer de la tarde, y tiene toda la murmuradora sonoridad del mar, sin tener ni la grandeza del mar ni su bullicioso movimiento.

Es el mar muerto.

Haciendo éstas ó parecidas reflexiones, se vino la noche encima.

Y al acompasado són de las tranquilas aguas del lago, me fuí quedando en pelota y me acosté y me dormí, con el permiso de ustedes.

XXIII

Paseo por las calles.

GINEBRA es bonito por fuera, estrecho y tortuoso por dentro.

Es una especie de posada donde el viajero que ha de subir y bajar por las vecinas montañas se detiene breve espacio de tiempo; por consiguiente, impórtale poco que la población tenga ó no mucho que ver.

Exceptuando la *Corraterie*, las *Calles Bajas* y la calle del Ródano, que son tres magníficas calles, lo demás vale poco.

Hay, sin embargo, en la población un movimiento particular que no se parece al de las grandes capitales ni al de las capitales de provincia. Se adivina que la población es pacífica, y á pesar de eso, la gente abunda que es un portento.

Todo quedará explicado repitiendo lo que

antes dije y que me fué contado por el camarero del hotel de la Metrópoli.

Ginebra tiene sobre cuarenta mil habitantes; cada mes pasa por Ginebra igual número de forasteros.

Es decir, que el movimiento que allí se nota es un movimiento con el cual nada tienen que ver los ginebrinos.

En el mismo lugar donde comienza el lago, y entre las dos orillas, se ve la isla de *Rousseau*, pequeño paseo cuajado de árboles frondosos.

En el centro se eleva la estatua del filósofo ginebrino. Monumental de la Alhambra y Generalife

Dicen que es obra de Pradier. No lo dudo; pero lo que tengo por cierto es que á los forasteros no les suele causar gran impresión la estatua.

Ó está empequeñecida la figura, ó lo parece.

Ello es que al oír *Rousseau*, el viajero presenta una estatua tan colosal, tan fuera de lo natural como lo era el personaje; y sin embargo, cuando se llega cerca de la isla, parece más ideal y más *seductora* la isla que la estatua.

La posición, el color, la distancia... todo parece mal dispuesto.

Verdad es que hay nombres que predisponen

mucho y que el arte no puede llegar á la reputación. Tiene más tamaño el nombre que la representación de la figura.

Tratándose de personajes eminentes, muy lejos de nosotros, ó muertos, la imaginación los agranda de una manera inexplicable.

Y la escultura no puede hacer gigantes de los que en último resultado no fueron más que hombres.

En la noche del 11 al 12 de Diciembre de 1602, los saboyanos intentaron sorprender la ciudad y apoderarse de ella.

No pudieron conseguirlo. Los ginebrinos defendieron sus hogares con heroico valor.

En memoria de aquella noche célebre erigieron una fuente monumental á un extremo de la calle de los Alemanes.

El amor á la patria es el mismo en todas partes.

Cuando los *cicerones* de Ginebra enseñan aquella fuente á un recién venido le dicen que fué erigida en memoria de *la lucha más gigantesca del mundo*. Disculpable es la exageración. ¿Quién no exagera sus propias glorias?

La vista del lago y las montañas es magnífica.

El Montblanc, coronando el cuadro que ofrece el lago al caer de la tarde, es un espectáculo nunca soñado.

Es necesario ser pintor para poder explicar cuán bello es el espectáculo que la vista devora en silencio.

Como lo importante del viaje era la Suiza en sus más salientes detalles, al día siguiente por la mañana salí para Chamounix, el valle de los encantos del alma.



JUNTA DE ANDALUCIA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

XXIV

El Alpstock.

EL lector recordará haber visto unas láminas que suele haber de muestra en los escaparates de las estamperías, y que representan la ascensión á los Alpes.

En ellas hay ingleses ridiculamente vestidos, señoras que si no caen, resbalan, y que enseñan las pantorrillas, y viajeros en caricatura que van ascendiendo penosamente ayudados de un palo que tiene un gancho en la punta.

Pues bien, ese palo es el principal elemento del viaje: ese palo, que los franceses llaman *baton ferré*, y que en Suiza se llama *Alpstock*.

En todos los hoteles de Ginebra se venden *Alpstock*, que valen por lo general un franco.

El viajero lo compra, sin saber por qué ni para qué, pero como los camareros y cicerones le

aseguran que sin aquello no podrá ver nada, llega el viajero á convencerse de que en efecto no puede salir de la fonda sin haber recibido el palo.

Da gusto ver á los ingleses con sus pantalones cortos y sus sombreros chicos, y sus señoras cortas y chicas, armados con el indispensable original bastón, que más parece gancho de trapero que otra cosa. Y ello es necesario sin duda alguna porque ¿quién se lanza monte arriba como persona, cuando ni los pájaros creo yo que pueden llegar hasta cierto punto?

El *Alpstock* y el guía son dos cosas que no pueden existir una sin otra. Porque el guía es el autor, y el *Alpstock* el editor del viaje.

Llega el viajero á un punto cualquiera; el guía le explica lo que hay delante, lo que hay detrás, lo que hay debajo y lo que hay encima. Pero como estas explicaciones son largas, y como el viajero no las recordará, es necesario que las lleve consigo.

Para eso sirve el palo bien hallado.

A cada nuevo paisaje que recorre, y á cada guía que encuentra, el viajero entrega su palo al guía, el cual con un hierro candente graba en la madera el nombre del país, del paisaje y aun del paisanaje.

Cada uno de estos *testimonium presentiae* vale un franco.

De este modo, al fin del viaje, un palo grosero

que cuando se compró no valía nada, queda transformado en bastón ilustrado que vale un puñado de napoleones y que tiene su historia como un caballero.

Y de este modo el viajero puede llevar á su país natal una edición, en bruto, de sus impresiones de viaje.

Solamente puede ocurrir una cosa, que el palo, por lo que tiene de largo y de pesado, le incomode para viajar, en cuyo caso puede hacer lo que yo, que harto de ir de vagón en vagón, con el garrote al hombro, renuncié al placer de enseñarlo á mis amigos, y se lo regalé á un viajero portugués que venía á bordo del buque que me volvió á España.

El portugués lo agradeció muchísimo y contaba á todo el que le quería oír, el regalo que yo le había hecho.

Y ¡oh, mengua del derecho internacional! Cuando aquel hombre contaba que un español le había dado un palo, todo el mundo lo celebraba.

XXV

El valle de Chamounix.



y, Antonio Trueba, poeta de los valles y de las aldeas, qué buenas cosas dirías si te trajeran con los ojos vendados a este lugar y de pronto te arrancaran la venda!

Comenzarías á cantar cada flor, cada rome-rito, cada planta helada, cada zarzal y cada aldeana, que las hay de muy buen ver. A cada casita blanca que vieras en la falda de una colina echarías por esa bendita boca palabricas dulces y formarías un manojito de azucenas y de rosas de Alejandría.

Pero yo te aseguro que si al acabar la segunda copla no estabas con el agua al cuello y en remojo, me dejaba yo cortar las orejas.

¡Ay, vallecito de Chamounix, vallecito de mis entrañas! ¡No te quisiera tan llorón ni tan pegajoso! Que cada vez que me acuerdo de lo

fresco que me has dejado, paréceme que se me pega al cuerpo la camisa.

¡Cómo me gustaban á mí en Madrid los días lluviosos! Extasiado me pasaba las horas muertas detrás de los cristales de mi ventana viendo caer el agua, pesada, monótona, candenciosa y refrigerante. Me producía una somnolencia grata la contemplación de ese velo que la lluvia forma al caer, y el olorcillo incomprensible de la humedad, y el fresco que se infiltraba por los cristales, y la noche que venía más pronto, y el chisporroteo de los troncos de la chimenea me producían el más encantador *spleen* que hayan soñado los más célebres desdichados de la tierra.

Poco á poco cerraba la noche, el azul del cielo era más oscuro, el silencio mayor, la lumbr del fuego servía de luz al cuarto, se proyectaba en la alfombra la sombra de los muebles, dibujándose en los cristales las llamas de la chimenea, y entonces ya no era posible ver el velo que la lluvia formaba, pero en cambio se oía el ruido del agua sobre las piedras de la calle. Ruido monótono, música agradable, invitación al sueño, compás del recuerdo. ¡Ay, qué deliciosas tardes de invierno y que sopor tan acariciado!

Me encantaba la lluvia entonces.

Era una buena amiga que venía á interrumpir muchas salidas falsas.

Era un obstáculo para salir del hogar doméstico.

Convidaba á recordar tantos sucesos y excitaba á pensar de tantos días que iban á venir....

El corazón parecía bañarse en ella.

Y aquella era la lluvia de los valles. La poética lluvia de los valles.

La lluvia benéfica de los campos.

La lluvia del cielo.

La imaginación voladora se trasladaba en aquellas tardes á un vallecito muy pintoresco, se colocaba debajo de un árbol y contemplaba extasiada la lluvia bienhechora.

Estos viajes apócrifos de aquella imaginación mía, dieron por resultado un viaje á los valles. Acabo de recorrer el de Chamounix, empapado en la benéfica lluvia del cielo.

¡Oh, valle! ¡Oh, lluvia! ¡Oh, cielo! ¿Quién dijera que lo que tan encantador pareció cuando soñado, fuese, cuando cierto, tan enojoso y triste?

Sálese de paseo á ver el campo. El paisaje es pintoresco de verdad pero el sol.... ¡oh! parece un sol convaleciente. Levántase apenas, aparece un instante, retírase á poco y la triste neblina envuelve durante el día la comarca. Dijérase que amaneció el día nublado y que el tiempo se detuvo, y que el día no siguió su camino de horas. Parece rocío la menudísima lluvia.

A medida que se va adelantando se encuentran viajeros sin cuento.

Los ingleses van satisfechos; bien lo entiendo.

El guía va describiendo el camino, ensartando los nombres propios á millares, y señalando á derecha é izquierda. Su cariñosa conversación constituye una bondad de alquiler, ó como si dijéramos, doce francos de amabilidad por día.

A cada paso va uno encontrando las más encantadoras aldeanas que podía figurarse antes de pasar por allí.

Son lecheras. Y además de vender un poco la leche que uno toma, suelen ser tan amables, tan sumamente amables, que hay viajeros españoles y franceses cuya permanencia en el valle se prolonga más de lo necesario.

Hay que confesar que el valle es encantador. Por do quiera que se tienda la vista, el *Mont-blanc*, dominándolo todo, impregna, digámoslo así, el alma, de grandeza y de majestad.

Según la expresión de un viajero, se siente terror de admiración al contemplarlo por vez primera.

La ascensión importante en esta excursión al valle de Chamounix, es la de la *Flegére*.

Una vez colocado en la cúspide de aquel monte gigante, el hombre se reconoce pequeño y débil.

A un lado una vegetación tropical, extraordinaria.

Al otro lado el *Mer de glace*, es decir, la naturaleza muerta, el hielo por todas partes.

Es un contraste delicioso, que recomiendo á los poetas y á los aficionados á subir sin descanso.

Este viaje tiene un doble encanto. Al subir á lo alto de la *Flegére* puede uno morir de coscorrón si hace la excursión á pie, ó de testarazo si la hace á caballo.

Y al bajar le puede ocurrir muy fácilmente lo que á los niños salvados por D. Fermín Peralta en el estanque del Retiro.

Solamente que ni aquello es un estanque, ni abundan los Peraltas. (1)

(1) Alúdese al hermoso rasgo de abnegación que elogió España entera cuando un joven estudiante de medicina al ver caer, roto el hielo, en el estanque del Retiro á dos niños, se arrojó inmediatamente á salvarlos, y lo consiguió exponiendo su vida (1867).

XXVI

Carta á un amigo de confianza.



Me preguntas si me divierto. No lo sé. Lo que sé de seguro es que no descanso un instante: que todo se me vuelve ir de acá para allá, salir de un vagón para meterme en otro, pagar un duro por dos reales y perder en cada excursión alguna parte importante del equipaje.

Me preguntas también por las páginas de mi libro y por el orden que pienso darles.

Desde que salí de Ginebra ya no he podido escribir con orden ni concierto.

Cuando me disponía á describir á Laussane, una bonita población á orillas del lago, me vi precisado á meterme de prisa y corriendo en el vagón para ir á Berna.

Cuando quise escribirte desde Berna, la cam-

pana de una estación me obligó á tirar la pluma y echar á correr como un loco.

Llevaba conmigo las cartas de recomendación de nuestros queridos suizos. ¿Crees tú que era posible acercarse á Poschiavo?

El cólera diezma las poblaciones de Italia, y se va internando por la pequeña frontera que forman Cóllico, Como y otros pueblecitos de por acá.

—¿Cuánto tiempo necesito para ver la Suiza? le pregunté en Barcelona á un caballero que había estado en este delicioso país.

—Diez días, me contestó.

Yo no podía detenerme más que doce.

Llevo trece de correr sin parar y apenas he visto media docena de vericuetos y de picachos.

¡Y viajo solo!

¿Sabes tú lo que es viajar solo?

Pues es aburrirse, pasar los días sin hacer uso de la lengua para nada, adivinar los países y las personas, y ponerse triste á cada momento.

Si vieras tú qué cosa tan divertida es meterse en una especie de cajón forrado de lana, y pasar catorce, diez y seis ó veinte horas embalado como una mercancía, dando tumbos y retumbos, sin sol, sin luz y sin moscas, tomando aquí aire, allá lluvia, más lejos polvo; conociendo de cuando en cuando personas que hablan mal ó callan peor, y esperando el delicioso momento de llegar á un pueblo donde no conozca uno á nadie,

donde le envenenen á mansalva, y donde le hagan salir aliviado de peso y con las manos medidas en los bolsillos!

¡Alabado y bendito sea el momento en que se me ocurrió salir de mi casa y darme un atracón de paisajes y cosas así, que maldito si necesitaban de mi presencia y maldito si á mí me hacía falta *atravesarlos* sin que me hayan dado motivo para ello!

¡Bendita y alabada sea la hora en que tuve la feliz ocurrencia de emplear dinero en cosa tan útil como andar de un lado para otro con el trascendental objeto de ver lo que sucede en todas partes!

Héme aquí, Dios sabe á cuántas leguas de la patria, hecho un caballero particular, preguntando cosas á gentes que tienen el honor de no entenderme, y recibiendo de esas apreciables gentes respuestas que no tengo la honra de entender, ni quiero.

Héme aquí en un cómodo hotel, donde el viajero puede hablar todos los idiomas que quiera, menos el suyo, y donde los camareros conocen todos los idiomas del mundo, excepto el del viajero con quien tienen que hablar. ¡Oh, admirable concierto de las cosas humanas!

Antes de salir de España tenía el presentimiento de que los viajes *de placer* enseñaban mucho.

Hoy tengo la seguridad, por ejemplo:

Enseñan á no viajar más que una vez.
Enseñan á sentir haber viajado la primera.
Enseñan á desvanecer el dinero como si fue-
ra humo.

Enseñan á pagar caro.

Y á comer de prisa.

Y á dormir poco y sobre duro.

Y á desear la vuelta á la patria, como se de-
sea la vuelta de una onza.

Mañana debo emprender una bella excursión
á pie.

Me duelen los pies, estoy cansado, los terre-
nos accidentados me cortan la respiración.

Pero no importa.

¡Cómo me voy á divertir!

Iré contándote lo que vea, sin orden ni con-
cierto.



JUNTA DE ANDALUCIA

CONSEJERÍA DE CULTURA

XXVII

Rige-Kul m.

I

HAY cerca de Lucerna, y á la friolera de 1.800 metros sobre el nivel del mar, un grupo de montañas, que para dispersarle por la fuerza armada habría que pensarlo seriamente. Este grupo se llama el *Rigi* en lengua alemana de la que hablan en Suiza.

Rodéanle tres lagos, y está cubierto, en su totalidad de césped y yerba parda, que le dan cierto aspecto de señora gorda vestida de verde-oscuro.

Tiene, como todas las montañas del mundo, su poquito de tradición respecto á una virgen que se apareció allí hace muchos años. No necesito decir más para probar á ustedes que aquellas montañas están hechas según todas las reglas del arte.

Cuando el viajero llega al pie de *aquello* y mira hacia arriba, el corazón se le conmueve, el alma se le agita, y le entran unas ganas de volver pies atrás que no hay más que ver. ¡Dichosos los que hemos sentido tan dulces emociones!

¿Pero que se diría si el viajero no asegurara á los naturales del país, y aun á los que no sean naturales, que el paisaje le parece encantador, y que está deseando subir al monte sin pérdida de momento?

Desde que uno sale de su casa deja de ser hombre, y forma parte de una corporación, de una familia, de una profesión especial; deja de ser hombre, y comienza á ser viajero. Debe, pues, dominar en él el espíritu de cuerpo, y no ha de disgustarle nada.

¡Arriba, pues, á la cima más alta!

La cima más alta se llama *Rigi-Kulm*.

Para llegar á ellas según las *Guías* y según los naturales, se necesitan tres horas y pico. Los picos en Suiza, según vengo observando, se parecen á los meses de España. El viajero, bajo mi responsabilidad, subirá á la cúspide deseada en horas.

Suponiendo que salimos de Arth, comenzaremos la ascensión á pie.

¡Qué hermoso es viajar á pie! La blanca piedra que se clava en los pies; la zarzamora ó cualquier otra cariñosa planta que araña al pa-

so; el aire fresco que viene á meterse por boca y narices, cortando la respiración, y la menuda lluvia que le pone á uno en disposición de ser planchado cuando llegue arriba, cosas son todas que ño se olvidan tan fácilmente.

Lo primero que se ve es la capilla de San Jorge; en seguida, y á la mano izquierda, se encuentra el pie de la montaña. Ya ha andado el viajero media hora. Ya no tiene más que hacer sino *empezar* á subir.

Bien pronto se encuentra una cascada que se precipita de la manera más ruidosa. Después se atraviesa una pradera. Luego otra. Ya estamos en Kasgatterli.

Kasgatterli, palabra cuya pronunciación deo á gusto de ustedes, es una linda cabaña, cuya copia existe en todas las decoraciones de selva de los teatros de Madrid. En aquella cabaña está almacenado el queso que fabrican los naturales. Se sigue andando; á poco trecho hay otra cascadita para los aficionados; después continúa uno marchando, y poco después se pierde.

Fiado en una *Guía*, comprada en Ginebra, que me aseguraba completa seguridad de encontrar gente en el camino, me lancé, decidido y solo, monte arriba. ¡Incauto!

En lugar de continuar el camino recto, seguí por un sendero que ví á la derecha. Es indudable que cuando se encuentra un sendero,

éste atrae, y parece que convida á entrár por él.

Por fin, y al cabo de vueltas y revueltas, logré encontrarme entre diez ó doce viajeros que, caminando en dirección opuesta á la que yo llevaba, vinieron á colocarse junto á mí. Ingleses en su mayor parte, acompañados de guías y de *Alpstock*, marchaban sobre seguro, y volví con ellos. Me encontré de nuevo en la cabaña del queso, y allí tomé un guía.

Es la gran ventaja de la Suiza. De cada piedra surge un guía cuando hace falta. Además, si bien es cierto que el guía cuesta caro (por más que antes de salir de España le aseguren al viajero que le costará barato) tiene la ventaja de que va describiendo el camino admirablemente. Verdad es que el viajero suele no entenderle la mitad de lo que dice, pero la otra mitad se le puede adivinar por el movimiento de los labios, verbi-gracia.

Pasada la cabaña se llega á una especie de posada de limpio aspecto, que no estoy seguro si se llama *Unteres-Dechli*, donde se puede y se debe comer algo. Hay un queso excelente, y se reunen allí viajeros y viajeras de variadísimo aspecto.

Desde allí se divisa todo el valle de *Goldau*, el lago de *Lowerz* y los alrededores de *Schwyz*. La vista es bonita, y sobre todo si el tiempo está sereno.